

CAPÍTULO XXXIV

Sala Cortés de Tlaxcala.—El senado hace que le acompañe un numeroso ejército de tlaxcaltecas.—Aspecto del país: su cultivo y su belleza.—Salen los señores y la nobleza de Cholula á recibir á Cortés.—Espléndida recepción.—Descripción de la ciudad de Cholula: su gran templo al «dios del aire», ó gran pirámide de Cholula.—Estado de adelanto de los choluleses y su forma de gobierno.—Algo sobre los bellos alrededores de la ciudad.—Plan de los choluleses contra los españoles.—Cortés llega á saber que tratan de destruir al ejército español.—La mujer de un cacique revela el plan á Marina.—Cortés adquiere nuevos informes.—Consulta con sus capitanes lo que se debe hacer.—Se resuelve no abandonar Cholula y disimular para sorprender á los choluleses.

1519. Era el 13 de Octubre de 1519.

Octubre 13. El ejército de Cortés se hallaba formado para emprender la marcha.

Acababa de empezar á brillar la luz del día.

El jefe español, al frente del corto escuadron de caballería, disponia el orden que se debia guardar en el camino, y daba las instrucciones convenientes para el caso de cualquier contratiempo que pudiera acontecer.

Los indios de carga ó tamemes, enviados por los gobernantes de la república, se habian hecho cargo de conducir los bagajes y la artillería.

El anciano Jicotencalt y sus colegas se habian presentado, conducidos en andas, para acompañarle hasta las puertas de la ciudad.

Un inmenso gentío se hallaba reunido enfrente del cuartel, para ver á los soldados españoles y despedirse de ellos.

La marcha se emprendió pocos instantes despues de haber brillado la primera luz de la mañana.

Al salir de las puertas de la ciudad se encontró con un ejército numeroso de tlaxcaltecas que, conducidos por sus mas distinguidos capitanes, le esperaba para servir á sus órdenes, como leales aliados. «Hemos reconocido por soberano al rey de España, le dijo Jicotencalt, y el senado ha dispuesto que las tropas de la república sirvan bajo las banderas de su general, compartiendo con él los peligros y las glorias.»

Cortés, agradecido al rasgo de lealtad de los nobles caciques, les dió las gracias, suplicándoles en seguida que evitasen todo gasto y molestia, puesto que por entonces no habia temor ninguno de guerra. Los senadores, aunque con sentimiento, mandaron que se retirasen algunos jefes con sus escuadrones. Dada la orden, se despidieron los jefes del Estado del general español, y recomendándole de nuevo que recelase de las demostraciones de amistad de Moctezuma y de los choluleses, se volvieron á palacio, sintiendo la ausencia del caudillo castellano.

Muchos fueron los escuadrones que, obedeciendo al se-

nado, se alejaron hácia sus casas, y sin embargo, el número de los que le acompañaron bastaba para conquistar un reino (1).

La tropa española marchaba con las precauciones acostumbradas, dispuesta siempre al combate, y llevando á la vanguardia una fuerza de caballería. El terreno por donde el ejército se dirigia era quebrado, pero altamente pintoresco.

Deteniéndose de tiempo en tiempo para que descansasen un instante los tamemes que conducian los bagajes y la artillería, llegó la tropa á distancia de dos leguas de la ciudad de Cholula. Un rio cruzaba, regando la cultivada campiña con sus límpidas aguas, y convidaba á mitigar la sed al fatigado soldado. Cortés, juzgando que el aproximarse con un ejército numeroso de tlaxcaltecas podría alarmar á los habitantes de la ciudad, manifestó á los jefes aliados que lo mandaban lo conveniente que seria evitar todo recelo, y les suplicó que se volviesen á Tlaxcala, dejándole únicamente seis mil guerreros. Mucho sintieron tener que renunciar al placer de acompañar

(1) Cortés, en su carta segunda á Carlos V, manifiesta que eran cien mil hombres. «E puesto que yo ge le defendiese, y rogué que no fuesen, porque no habia necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad; y desde allí, por mucha importunidad mia se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta cinco ó seis mil hombres.»

Bernal Diaz dice que solo se quedó con dos mil, de diez mil que eran todos. Pero el veraz soldado que escribió muchos años despues de los sucesos, puede haberse olvidado del número, mientras Hernan Cortés escribió la relacion al año de los acontecimientos.

á Cortés; pero vencidos por las razones del general castellano de lo justo de la disposición, retrocedieron hácia su país, dejando dos escuadrones de á tres mil hombres cada uno.

Empezaba ya á hundirse el sol en el ocaso, y Hernán Cortés, no juzgando prudente entrar de noche en una ciudad desconocida, resolvió pernoctar á orillas del río para hacer su entrada en Cholula en la mañana siguiente. Inmediatamente se levantaron ligeras chozas donde descansasen los soldados, y se colocaron centinelas y guardias para seguridad del campamento. Noticiosos los gobernantes choluleses de la proximidad de los españoles, enviaron algunos emisarios de noble nacimiento á felicitar al jefe castellano por su llegada, y á decirle que al siguiente día tendrían el gusto de salirle á recibir con las consideraciones merecidas. Como señalada manifestación de aprecio, los emisarios presentaron á Cortés numerosas provisiones de gallinas y pan de maíz para que cenase la gente.

Al asomar la aurora del 14 de Octubre, el ejército continuó su marcha por un país verdaderamente seductor. Las seis leguas que separaban á Tlaxcala de Cholula presentaban un delicioso panorama que la vista no se cansaba de admirar; pero los encantos de ese bello y seductor paisaje se destacaban con mayor fuerza de colorido al poner la huella en el feraz terreno que circundaba á la populosa ciudad. Hermosas y extensas llanuras tapizadas de prolongados maizales, de ricos viñedos ó magueyales; de anchas campiñas, donde la vistosa planta del pimiento crecía en abundancia; de vistosas nopaleras; de plantíos de alubia y de bellísimas huertas cubiertas de variadas fru-

tas, se descorrían á los piés de la comercial ciudad cholulesa. «Ni un palmo de tierra había sin labrar», dice Cortés. Límpidos riachuelos y murmurantes arroyos regaban la cultivada campiña, remedando un interminable verjel que brindaba al placer y á la alegría.

A medida que el ejército avanzaba iba descubriendo nuevos objetos que llamaban justamente su atención.

Al aproximarse á la ciudad, vió Cortés que salía á su encuentro un considerable número de personas, cuyos brillantes trajes revelaban el ilustre nacimiento de ellas. Eran los principales señores y sacerdotes de la nación acompañados de individuos de la primera nobleza. Al acercarse al jefe español le incensaron respetuosamente, mientras una banda de música daba al viento sus inarmónicas sonatas, y entonaban himnos de alabanzas algunos coros de jóvenes de ambos sexos.

Terminadas las ceremonias de la expresiva recepción, los gobernantes de Cholula suplicaron á Cortés que no permitiese entrar en la ciudad á los tlaxcaltecas, porque podrían originarse disgustos entre ellos y los habitantes de la población. La observación la encontró justa el general castellano, y en consecuencia, dispuso que el ejército de la república aliada quedase en un sitio próximo á la ciudad, manifestando á sus jefes que lo hacía así porque de esa manera podrían observar si se acercaban algunas tropas contrarias, dándole oportuno aviso de ello.

Formado el campamento tlaxcalteca fuera de las puertas de la población, Cortés, seguido de su ejército y de los cempoaltecas, entró en la ciudad rodeado de los gobernantes y sacerdotes de ella. Las calles se hallaban apretadas

de gente que anhelaba conocer á los afamados extranjeros, y por todas partes se escuchaban himnos, músicas y gritos de alegría. Hombres, mujeres, niños, ancianos, nobles y plebeyos, atraídos por la fama de sus hechos, de sus armas y de sus corceles, se agolpaban en los sitios por donde tenían que pasar los españoles. La recepción de los choluleses no desmereció, en demostraciones de júbilo, á la hecha por los tlaxcaltecas; pero en ella se notaba menos sinceridad, menos franqueza.

En medio de las ovaciones y de los cánticos de regocijo, llegaron las tropas castellanas y cempoaltecas á unos ámplios edificios que les habían destinado para alojamiento. Nada habían descuidado los gobernantes para la comodidad y buen servicio de sus huéspedes. Excelentes camas, abundantes y buenos víveres, delicadas frutas; todo cuanto, en fin, había de exquisito en el país para hacer agradable la vida, era presentado al caudillo castellano y á su gente. Hernán Cortés llegó á creer, en vista de las manifestaciones de amistad que recibía, que los tlaxcaltecas habían sido injustos al tratar de indisponerle con los choluleses.

La belleza de la ciudad, la solidez y capacidad de sus edificios, la regularidad de sus calles, la grandeza de sus templos y la animación de su comercio, llamaron fuertemente la atención de los castellanos, que recordaron en ella la hermosa Valladolid (1).

Cholula era una de las ciudades anteriores á la llegada

(1) «Que cuando vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al principio Valladolid.»—Bernal Díaz del Castillo.

de los aztecas. Distaba, como he dicho, seis leguas de la capital de Tlaxcala al Sur, y veinte al Sudeste de la corte de Moctezuma. Había sido uno de los puntos á donde marcharon los toltecas cuando abandonaron el valle de Méjico, destruidos por las guerras civiles y la peste. Según la tradición, el venerable Quetzalcoatl, dios del aire, se había detenido allí por espacio de veinte años, cuando se dirigía á la costa para volver á su país. Instruidos por él los habitantes, en las artes, en la agricultura, en la fundición, en la astronomía y en el arte de gobernar, prosperaron visiblemente, marchando á la vanguardia de la civilización de los demás pueblos de la mesa.

Es de suponerse que el benéfico Quetzalcoatl fuese uno de esos hombres, honra de la humanidad, que aparecen alguna vez sobre la tierra, y que eran divinizados por los antiguos pueblos.

De cualquiera manera que sea, al nombre venerado de Quetzalcoatl debía Cholula su grandeza y su prosperidad. La deidad del aire era venerada en todas las naciones del Anáhuac, y la gente acudía, en frecuentes romerías, á la santificada ciudad, donde los choluleses le habían levantado un magnífico templo. Era una de esas obras colosales que sorprenden por su magnitud, y que aun contempla el viajero con admiración, como la fábrica mas extraordinaria que de la antigüedad conserva aquella rica parte de la América. Queriendo honrar la memoria de su benéfica deidad con un monumento grandioso, construyeron una colina, semejante en la forma á las notables pirámides de Egipto, sobre la cual erigieron el magnífico templo en que colocaron su imagen. Esa colosal fábrica, que no parece

obra del hombre sino del capricho de la naturaleza, por su rara forma y asombrosa magnitud, tenia la figura de una pirámide truncada, que era la que los toltecas daban á sus templos, lo mismo que los mejicanos siguieron dando á los suyos. Ostentaba cuatro cuerpos ó terrados, y se subia á la cumbre por sólidas escaleras de piedra, cada una de las cuales conducia al inmediato terrado. Sus lados, que eran cuatro, miraban á los puntos cardinales del globo, segun la direccion de los meridianos y los paralelos, siendo su sólida construccion de tierra y piedras, alternadas con capas de ladrillo y areilla.

Se ignora cuál seria la altura primitiva de ese colosal monumento levantado por los toltecas á su deidad veneranda; pero sus dimensiones debieron ser extraordinarias, á juzgar por las que, despues del trancurso de prolongados siglos y de abandono, presenta al curioso viajero. Mide actualmente una altura perpendicular de cincuenta y cinco metros, y cuatrocientos treinta y nueve de anchura horizontal en su basa, ostentando una elevacion de doce piés mas que el Mycerino, la tercera de las mas notables pirámides egipcias que forman el grupo de Djyzed, y duplicada basa que la justamente ponderada pirámide de Cheops. La plataforma cuenta una superficie cuadrada de cuatro mil doscientos metros (1). En medio de ella, y allí donde se destacaba el santuario de la deidad de los antiguos choluleses, se levanta actualmente, rodeada de cipreses, una sencilla iglesia católica.

(1) En el primer tomo de esta obra he hablado detenidamente de la pirámide de Cholula.

dedicada á Nuestra Señora de los Remedios, donde un sacerdote indio que habita en ella, celebra diariamente el augusto sacrificio de la misa.

Al detenerse ante ese monumento extraordinario de la antigua Cholula, el viajero no puede menos de asombrarse de la analogía que existe entre la sorprendente fábrica levantada por los primeros habitantes del Anáhuac, el templo de Belo, en Babilonia, y las pirámides de Meidoum y Dahchour, cerca de Sakharah, en Egipto.

En la parte superior de esa notable obra levantada por el sentimiento religioso de un pueblo, se erigió el santuario donde fué colocada la imágen del venerado Quetzalcoatl, «dios del aire». Aunque la tradicion manifestaba que habia sido de blanco rostro y dorado cabello, la estatua colocada en el templo ostentaba tez oscura y negro pelo. Empuñaba en la mano derecha un cetro con ricos adornos de oro, y en la izquierda sostenia un escudo con significativos jeroglíficos que indicaban su imperio sobre el aire. Un casco de láminas delgadas de oro, de la forma de una mitra, adornado de un lujoso penacho de vistosas plumas, adornaba su cabeza, y un collar del mismo precioso metal, mezclado con magníficas perlas, pendia de sus hombros.

Todas las diversas tribus que poblaban aquella rica parte de la América construyeron sólidos santuarios dentro de la privilegiada ciudad del «dios del aire». Siendo frecuentes las romerías que hacian para visitar el magnífico templo de la venerada divinidad, querian tener teocallis destinados á sus particulares dioses, para rendirles culto en la misma ciudad santa á donde concurrían á im-